

NICOLÁS GARCÍA DE SAN VICENTE EDUCADOR DE LA REPÚBLICA

Luis Rublúo*

Dedicatoria. Mañanitas al maestro Israel Cavazos Garza, al cumplir 90 años

Por excelencia, el maestro Israel Cavazos es el historiador del estado de Nuevo León; varios hay y muy buenos como honrosos, sólo que a D. Israel se le tiene como el patriarca. Ese respeto a su jerarquía moral le viene en razón de varios atributos notables en su personalidad: no hay nada que ataña a Nuevo León o a Monterrey, su capital, que haya escapado a su estudio, a su atención; es sobrio tanto como cuidadosísimo y consecuentemente veraz, su prosa es limpia y clara, de manera que sus ideas las transmite con elegancia: muestra acudir primero a las fuentes madres de la historia y así ha desbrozado los caminos de una historiografía que las generaciones posteriores a la suya, le agradecen; en su ejercicio hay algo que destaca sobremanera: el ensayo biográfico, lo que lo hace a una vez humanista en un concepto moderno y humanitario, como hombre comprensivo y observador justo.

Desde su libro consagrado al Gral. Mariano Escobedo (1949), reveló su juicio justo; con sus Catálogos y síntesis de los protocolos del Archivo Municipal de Monterrey (1966 y 1973), facilitó el acceso a

* Egresado de las Facultades de Derecho y de Filosofía y Letras (UNAM). Presidente de la Academia Hidalguense de la Historia.

una gran fuente y repositorio de tantas ayudas nos ha prestado. Las delicias de su obra *El Señor de la Expiración del pueblo de Guadalupe* (1973), nos hizo conocer al hombre sensible e hijo cariñoso de su tierra natal; y tras daros los perfiles de aquellos aguerridos hombres conquistadores y colonizadores: Luis de Carvajal, Diego de Montemayor, Martín de Zavala, Alonso de León el cronista por antonomasia, quitó definitivamente la velación que ocultaba al cronista anónimo, el que resultó ser don Juan Bautista Chapa, (1953-1988) Y qué bueno que la Universidad Autónoma de Nuevo León, decidió imprimir en edición monumental y pulcra, la que recoge buen número de páginas correspondientes al género biográfico, *Personajes de Nuevo León* (y algunos de otras partes). *Perfiles biográficos*, (2010). Este libro, a las vez que ilustra, agrada.

Sabemos que vienen más obras, las cuales se sumarán a las muchas que cuentan en su bibliografía. Sus discípulos, (yo lo soy al seguir desde hace muchos años sus textos y porque me ha dispensado su amistad, que resulta ser la de un hombre egregio) nos congratulamos de tenerlo cerca y por verlo erguido prodigando saber, pese a la ausencia de su amantísima compañera, la maestra Lilia Villanueva de Cavazos, recordada con gratitud y afecto por aquel libro que dejó de herencia: *Leyendas de Nuevo León*, (1988); pero también sabemos cómo lo sigue alentando, igual que el amor de sus dos hijos Lilia Antonia y Gabriel. En fin, me sumo al jubileo nonagenario.

Real del Monte, enero de 2013

«A E I O U El burro sabe más que tú».

Adagio popular surgido a raíz de la aparición de *Silabario de San Miguel* (c. 1820)

Aun cuando sólo en nómina, en el libro preparado por el escritor Martín Luis Guzmán, *Escuelas Laicas*, contemplamos al padre Nicolás García de San Vicente, entre «los paladines de la obra educativa», junto con Vidal Alcocer, Juan Rodríguez Puebla y Manuel López Cotilla.¹ Así se le ve desde antes de la consumación de la Inde-

¹ Cfr. *Escuelas laicas. Textos y documentos*, México, Empresas Editoriales, 1967, 300



Luis Rublío

pendencia de México y como gozoso de expandir libremente los métodos que preparaban para enseñar, primero a leer y a escribir, preferentemente a los niños, pero también a los adultos, desde el alfabeto a la gramática integral, con sin igual armonía.

Le favoreció, sin duda la proclamación de la **Constitución de Cádiz** de 1812, aunque finalmente hasta 1820, otra vez, en los tiempos del virrey don Juan Ruíz de Apodaca, -el Conde del Venadito-, y en virtud del mandato legar, el artículo 366 de dicho *Código* máximo, el que decía: «En todos los pueblos de la monarquía se establecerán escuelas en las que se enseñará a los niños a leer, escribir y contar, y el catecismo de la religión católica...»² Tal norma, discrecionalmente ya la observaba el padre Nicolás; incluso, había establecido nuevo método el cual perfeccionó todavía: su *Silabario*, puesto bajo la advocación de San Miguel Arcángel, digamos que para combatir al enemigo de la ignorancia; y, tradicionalmente por decenas de años y en dos siglos, XIX y el XX, se le conocía como *El Silabario de San Miguel*.³

Con el pensamiento puesto primordialmente en los niños, por encima de haberse graduado ya en Teología, como en *Ambos Derechos*, esto es: en Derecho Canónico y Derecho Humano, abogado

pp.13-14 (El liberalismo mexicano. El pensamiento y su acción. Colección dirigida por Martín Luis Guzmán)

² Cfr. esta edición: *Constitución de la Monarquía Española, promulgada en Cádiz el 19 de marzo de 1812*, edición facsimilar, presentación de Raúl Arroyo, Estudio introductivo, José Ramón Narváez Hernández; «La Constitución de Cádiz en el sentimiento hispanoamericano» por Luis Rublío; México, Comisión de Derechos Humanos del estado de Hidalgo, coed. Miguel Ángel Porrúa, 2011, LXII-145.; ver Art. 366 en p. 124.

³ Por una vieja tradición dicese así: «Silabario de San Miguel», por advocación en ediciones populares; ver: Abraham Pérez López, quien lo considera así en, *Diccionario biográfico hidalguense*, 3 vols., 2ª. Ed., Introducción de Juan Manuel Menes Llaguno, Cronista del estado de Hidalgo, Pachuca, Gobierno del estado de Hidalgo, 2010, t I-310p. *El Silabario de San Miguel* en la cédula correspondiente a Nicolás García de San Vicente, p. 248.





pues, más en Filosofía y Gramática, todo ellos antes de ordenarse como sacerdote, lo que aconteció en 1821; pero de dichas asignaturas fue catedrático en el Seminario de Puebla de los Ángeles. En la gramática española se especializó.⁴

En el Paseo de la Reforma, de la Ciudad de México, contemplamos un espléndido monumento a la memoria de este educador; ese monumento, auténtica obra maestra del artista realmontense Juan Islas; y se trata de «un grupo escultórico», justamente. Veamos al padre Nicolás de benévolo rostro, ofreciendo a un niño un ejemplar de su *Silabario*, orientándolo así, en el camino de la ilustración, a leer y a escribir su propia lengua; parecen caminar ambos, en tanto el niño, de rostro alegre, siente paternal caricia en su cabeza y coge solícito el ejemplar del cuaderno. El sacerdote viste su traje talar, pero luce un manteo, el cual todavía era usual desde el siglo XVIII; el sacerdote calzado y el niño con los piesecitos desnudos.

La estatua doble parece revelar con tales gestos y actitudes la realidad en la personalidad de don Nicolás García de San Vicente: un hombre de ideas avanzadas, como otros sacerdotes de su época, fundó en los albores de nuestra Independencia y a la par de ser un diputado ante el Congreso, la Sociedad Protectora de Instrucción Pública, en 1825 a sus poco más de treinta años joven todavía. Buscó caminos en las ciencias del lenguaje, métodos nuevos, bajo el influjo de otros clérigos surgidos en el siglo en que nació: Francisco Javier Clavijero, al que siguió muy cerca en el silencio de la biblioteca, incluso de él tradujo del italiano aquella obra monumental: **Historia de la antigua o Baja California**. Luego también

⁴ Teodomiro Manzano se ocupa biográficamente de Nicolás García de San Vicente, en dos de sus obras; a ver: a.- *Pequeñas biografías de hidalgueses distinguidos*, Pachuca, ed. de *Vida* Revista Hidalguense de Cultura, (c. 1934), 50p. 19 y 20, con un retrato. b.- *Biografías de hidalgueses distinguidos*, Pachuca, Gobierno del estado de Hidalgo, 1940, 77p., esta biografía en p. 34, 35 y 36, con un retrato. En ambas publicaciones da este dato.



Luis Rublió

lo sedujo el ejemplo intelectual del Dr. Benito Díaz de Gamarra en el campo de la filosofía, más las inquietudes científicas del Dr. Antonio Alzate y Ramírez, en la Nueva España. El padre García de San Vicente bastante directo en dos vertientes: la gramática y, desde luego la pedagogía que siguió también por un empirismo luminoso, el suyo.

Escolástico por su formación, pero romántico y de tal modo, como que integró en sus métodos de enseñanza la praxis con el arte y éste para hacerlo entonces así divertido, como penetrante para las primeras providencias: reitero, aprender a leer y escribir; pero luego seguirse como un domino de la misma gramática de parecer aburrida y cansada, inquirió para enseñarla, la armonía poética; y lo consiguió.

Buscó primero a los párvulos, luego a los llamados para ser maestros, pero asimismo a la gente del pueblo, incluso a las mujeres, porque sabía que ellas podían enseñar desde el hogar.

Considero para nada exagerar en lo que digo. El cierto olvido de su figura, no significa poco valor en su obra, porque cuando menos es citado, así por sus libros personales y meramente pedagógicos,⁵ como otras aportaciones a la cultura mexicana en lo general, importante para los pueblos hispanoamericanos.⁶

Bien sabido es, por sus biógrafos. Francisco Sosa, por supuesto uno de ellos, acaso el más interesado y reiterativo,⁷ que ese gramá-

⁵ El historiador y sacerdote José Bravo Ugarte, también así menciona a García de San Vicente, como uno de los más notables pedagogos y aun creador de una Escuela privada, en su época; ver: *Historia de México*, (1959), 3ª. ed., vols., México, Editorial Jus, 1982, t. II-569 p. 343.

⁶ Carlos González Peña recuerda el gran servicio que García de San Vicente hizo al traducir al español la *Historia de la Antigua o Baja California*, de Francisco Javier Clavijero; ver CGP, su *Historia de la Literatura Mexicana*, 6ª. ed. corregida y puesta al día, México, Porrúa, 1958, 463 p. 151.

⁷ Francisco Sosa, «Don Nicolás García de San Vicente», en *Las estatuas de la Reforma*, (1900), ed. en 3 vols., México, Departamento del Distrito Federal, 1974, t. I-142 p. 89-94, con una fotografía del monumento escultórico.



Humanitas Historia

tico por excelencia, nació en Acaxochitlan, hermosa población llena de verdores por los campos aledaños, suaves, generosos, los que ofrecen árboles frutales y prodigio de flores, situado en el ahora territorio del Estado de Hidalgo, el 23 de noviembre de 1793.⁸

Acaxochitlan, pueblo bucólico, tal vez el propio García de San Vicente lo recuerda en un ejemplo lírico, el que a continuación doy, escrito al explicar en su *Ortografía española acomodada a la pronunciación mejicana*, documento didáctico, el que aprovecho; leamos versos del padre Nicolás:

«Cantaré alegre cual el verde prado
de varios matices se enrique
y entre lirios y rosas al ganado
crecido pasto ofrece;
y cual en la corriente placentera
Febo se mira del sereno río,
y su imagen que activa reverbera,
tiembla en el cristal frío;
o bien cual el arroyo sonoro
entre lucientes guijas libre salta,
y las flores del margen delicioso
de aljófares esmalta.»⁹

⁸ Fecha de nacimiento de N. García de San Vicente, *Ibíd.*, p. 91.

⁹ Nicolás García de San Vicente, *Ortografía española acomodada a la pronunciación mejicana*, (dispuesta en versos e ilustrada con muchas reglas nuevas por el Padre Nicolás G. de S.V., trigésima primera edición, corregida en algunas reglas del uso de las letras y en todas las de acentuación de los polisílabos, conforme a las doctrinas vigentes en la Gramática de la Academia de la Lengua por el discípulo del autor, profesor antiguo del ramo en la Escuela Nacional Preparatoria, don José María Rodríguez y Cos, Méjico, Antigua Imprenta de Eduardo Murguía, calle del Coliseo Viejo número 2, 1897, 96p. Este poema en p. 84.



Luis Rublío

Hermoso paisaje poético, escrito y digno de aquel que le fue cuna. Pues este hombre, por natural vocación y seguramente desde su infancia, de tal inquietud, así por aprender para saber, como de inmediato su ansia de enseñar lo aprendido a los demás. Entonces nos explicamos el por qué se hizo humanista; pero un humanista no precisamente conforme con la secular transmisión de conocimientos a la simple memoria y por lo menos debía facilitarla con elementos que abrieran otros horizontes. De dicho humanismo, el que lo llevó al saber de las lenguas muertas y clásicas: griego y latín ante todo en su época, pero acaso hebreo –dícese tradujo parcialmente la Biblia, aunque de lengua moderna, cotejada con las lenguas originales.¹⁰ – Luego igualmente estudió las lenguas modernas, por lo menos el francés, en boga, e italiano, pero con mucho el lenguaje castellano. Poeta, lo vemos, aún para explicar la naturaleza del propio idioma: se impuso la tarea de enseñar gramática castellana, mediante versos como instrumentos didácticos; y tan resultó singular y exitoso, como durante el siglo XIX, su libro citado alcanzó decenas de ediciones.¹¹ Podría ahora parecer en el siglo XXI, una pieza de museo; pero así, desde luego no es cualquier pieza, pero ejemplar porque habla de libertad, de sabiduría y de belleza, todo junto.

Sus propuestas fueron rigurosamente pedagógicas, dispuestas para las escuelas, las que debían formarse, en un concepto moderno para un periodo, el que iba de 1823 a 1833; también arregladas para usarse en los hogares. Durante esos años García de San Vicente fue diputado por Tulancingo y fundó, lo dije ya, la Sociedad Protectora de Instrucción Pública.

¹⁰ F. Sosa, obra cit., dice: «Tradujo del francés tres tomos de la *Biblia de Vencé*», p. 94.

¹¹ Este libro citado de Nicolás García de San Vicente, lo tomo aquí como un documento pedagógico de interés para el siglo XIX, prácticamente una pieza de museo. El ejemplar que tengo a la vista es el Fondo de Reservados de la Biblioteca Nacional de México.

De entonces data un dictamen de la Comisión de Instrucción Pública al interior del Congreso de los Diputados, el que entre otras ideas advirtió:

«La Comisión no puede menos de confesar que dichos señores (los de la Comisión) los anima el mejor celo por el bien y propiedad de la nación; que en circunstancias más felices todas sus benéficas ideas podrán y deberán realizarse al momento, pero que ahora pulsa dificultades de mucho peso para que se lleve a efecto este pensamiento en toda su extensión... Vuestra soberanía (la del Congreso) no oye otras cosas sino repetidas declaraciones de esta verdad confirmada por hechos innegables; tales son la falta de escuelas de primeras letras, aperturas de caminos, medidas de salubridad publica, etc. todas cosas muy interesantes y que, no obstante, casi todo falta porque las diputaciones carecen de recursos; y en tal concepto, entiende la comisión que si vuestra soberanía diese un decreto sobre estas proposiciones no sería cumplido...»¹²

Lo expresado en el anterior papel del legislativo, observamos asuntos, los que movieron al padre Nicolás y no únicamente lo relativo a la educación, su tarea principal; pero diputado él mismo, lo recordamos, por una de sus vivencias de entonces; se narra cierta anécdota, la que también lo hizo célebre e informa de su carácter. Don Antonio de la Peña y Reyes, hacia 1920, tomo para su libro *Antología moral. Ejemplos mexicanos de virtudes*, aquel pasaje de años después de sus quehaceres como legislador.¹³ García de San Vicente por las razones que fueren, no estuvo presente en varias sesiones del Congreso; entonces, dice De la Peña y Reyes, -con referencia a

¹² Ver *Escuelas Laicas* cit., p. 17.

¹³ Ver: Antonio de la Peña y Reyes, *Antología Moral. Ejemplos mexicanos de virtudes con las notas históricas y bibliográficas*, por..., pról., de Luis González Obregón, (México 1920), México, impr. Facsimilar de Editora Nacional, 1959, 2 vols. Con 612 p., illus.; t. II, ver:»El autor del *Silabario*», pp. 327-329.



Luis Rublío

la biografía escrita por Sosa-, el pagador de la Cámara de los diputados, le comunicó al sacerdote y maestro, ya en 1833, que había dispuesto para él una libranza de hasta cuatro mil pesos, por dietas no cobradas en su momento y se le entregaba. Sorprendido don Nicolás y recordando no haber asistido a las asambleas durante el tiempo que cubría el documento cobrable, con honradez y aun apenado, dijo no tenía méritos para recibir ese dinero. Insistió el empleado de la Caja en darle su salario, indicándole como no había disposición alguna para no cobrarse esa cantidad. Don Nicolás, seguramente recordando la falta de recursos en el Congreso y lo precario de la hacienda pública de esos años, determinó donar ese dinero a la nación. Escribí por dicha circunstancia en uno de mis primeros artículos:

«...García de San Vicente no quiso recoger dicha suma, porque no creyó ser justa gozar un sueldo cuando no había trabajado y así lo hizo saber al pagador a quien le rechazó el dinero, pero inmediatamente lo cedió al erario nacional para los gastos públicos del país... pocos legisladores, o ninguno se atrevería seguir el ejemplo...»¹⁴

García de San Vicente pasó sus primeros años en su pueblo natal, pero se decidieron llevarlo a Zacatlan para que ahí hiciera sus primeros estudios; luego llegó a Puebla para su ingreso en el Seminario conciliar. Joven brillante, y tanto como, aparte el sacerdocio al que aspiraba, igual según sabemos ya, optó por las ciencias jurídicas y siempre un estudiante exitoso y no resulta difícil comprender como, todavía adolescente, su creatividad lo condujo pronto a jugar con el idioma, a tomarle cariño y saber de sus secretos; de ahí su familiaridad con términos como **Ortología**, el arte de usar la pala-

¹⁴ José Luis Rublío Islas, «Un educador hidalguense: Nicolás García de San Vicente», en *El Hidalguense*, año VIII, núm. 93, Pachuca y México, 1 de enero de 1963, p. 6, ilus. con un retrato.



bra oral, y **Ortografía**, el arte de usar la palabra escrita. Llegó a México, avanzó en sus estudios hasta concluirlos; regresó a Puebla en 1821; y decidió regresar a su entorno de origen: radicó en Tulancingo. El, por sí, adelantó en el pensamiento de cómo enseñar el lenguaje y organizó sus métodos, los inició con su *Silabario*; y, cuando México consiguió la independencia, el padre Nicolás, reconocido maestro y conocido por el pueblo y asimismo entre los próceres emancipadores, resultó diputado, precisamente por Tulancingo, distrito al que correspondía Acaxochitlan.

Contemporáneo del *Pensador Mexicano*, José Joaquín Fernández de Lizardi, interesado igualmente por la instrucción de la gente, hay ideas de ambos, muy semejante.

Pongo un ejemplo. El *Pensador* escribió hacia 1818, una novela: *La educación de las mujeres*, o *La Quijotita y su prima*, por ese entonces García de San Vicente labraba su singular historia:

«...¿quién te ha persuadido, hija, que la letra con sangre entra? Esta es una máxima tan falsa como cruel y tan impolítica como necia. Nada entra con sangre a los racionales; el rigor sólo sirve de embrutecerlos, de agitarlos y envilecerlos. La experiencia diaria enseña que el muchacho muy regañado y muy golpeado, lejos de aprovechar lo que se requiere, por lo ordinario sale flojo y sinvergüenza y abandonado...»¹⁵

Muchas cosas deben enseñarse y de veras, a leer, escribir y contar; pero antes preparar el camino, suavemente y suavemente proseguirlo. Eso entendieron, el novelista y el sacerdote. Ya observamos cómo dispuso el sacerdote su programa de enseñanza.

¹⁵ Ver esta edición: José Joaquín Fernández de Lizardi, *La Quijota y su prima*. (La educación de las mujeres), (1818-1832); introducción de María del Carmen Ruiz Castañeda, México, Editorial Porrúa, 1967, hay reediciones, XXV-353p. Esta ref. p.14.

La siguiente es una lista de obras debidas al talento del padre Nicolás García de San Vicente. No es una bibliografía en forma, esa todavía está pendiente; sólo dará idea de los afanes, ante todo del educador, del maestro por excelencia, del orientador y sembrador de inquietudes.

1. Silabario, (c. 1820)
2. Ortografía castellana acomodada a la pronunciación mejicana, (1830)
3. Geografía de los niños, (1839)
4. Cosmografía, (1843)
5. Reglas de Etimologías y Sintaxis, (1845)
6. Extracto de la Regla de caligrafía de Torio. (Don Torcuato Torio de la Riva, gramático).
7. Geografía física y política para su aprendizaje.
8. Gramática castellana en verso.
9. Lecciones de geometría al alcance de la inteligencia de los niños.
10. Ortografía castellana de Torio en verso.
11. Traducción de La Biblia, de la versión francesa de Vencé.
12. Traducción de la Historia Antigua o de Baja California, del italiano, escrita por Francisco Xavier Clavijero. Esta versión del gramático García de San Vicente está vigente hasta el día de ahora.¹⁶

¹⁶ Cfr. esta edición actual: Francisco Javier Clavijero, *Historia Antigua o de la Baja California*, tr. Por Nicolás García de San Vicente, estudio preliminar por Miguel León Portilla, México, ed. Porrúa, 1970, se han hecho más reediciones, XLIV+262 . – acompañada de otra obra: Francisco Palou, *Vida de Fray Junípero Serra*, por la que se sigue otra numeración continua, (Colección «Sepan cuántos...», núm. 143).



El silabario

El abismo que se presiente entre quien sabe leer y quien no, lo midió el padre Nicolás García de San Vicente, así se tratara de niños o de adultos, si bien sopesaba, según su sabiduría, en los primeros como natural punto de partida, comenzaba a vivir.

Eso particularmente despertó su ingenio, mientras él mismo aprendía cada vez todo accidente gramatical, durante su juventud entregaba al estudio y a la investigación. Buscaba un método, el que facilitara librar aquel abismo entre la gente del pueblo. Enseñar para su tiempo a leer y escribir, parecía verdaderamente, si no complicado, si aburrido, tanto como desgraciadamente, no pocos quedaban en la oscuridad de la ignorancia e incommunicados. La memoria debía contar como auxiliar indiscutible, pero no tan sólo; sabía cómo cierta pereza unida a los trabajos duros, los que por fuerza debían hacer hombres y mujeres, vencía las oportunidades para aprender a conocer las letras. Los niños, siempre más despiertos, sin embargo, podían caer ante la dejadez. La educación en la mujer, nos dice Josefina Muriel en *Cultura femenina novohispana*, y esto en relación con la de familias opulentas, fue además de «dificultosa algo tan íntimo».¹⁷

Sí, en las casas de la gente rica, llegaban profesores particulares a quienes se les pagaba como instructores, así para niños y niñas, como para jóvenes y señoritas. Luego muy pocos iban a las escuelas y más pocos todavía llegaban a la universidad o al seminario. Había tal apatía para aprender y consecuentemente mucho analfabetismo. La escuela pública no era, desgraciadamente, lo común y la que había era de la iglesia, como las bibliotecas, sólo se veían los con-

¹⁷ Josefina Muriel, *Cultura femenina novohispana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2000, 548p., ilus., ver p. 22.



Luis Rublío

ventos, colegios mayores y beaterios. El libro era costoso y se imponía además la censura. Bibliotecas privadas muy muy pocas, como inaccesibles.

Tal fue el ambiente, todavía novohispano, en el que y trabajó nuestro personaje, pero afanoso dio con un primer método, el cual ayudaría a enseñar, dentro y fuera de la escuela y aun en casa si se deseaba; abrió un camino a la enseñanza de las primeras letras. Fijó su atención en el idioma para enseñarlo; y dio con un auténtico método, lo llamó 'Silabario', porque partía de las sílabas y cada letra debió ser importante como su sonido. Encontró el padre Nicolás, lo que buscaba:

1. El Silabario se sustentó, naturalmente, en el sonido de las letras. Cada una, por sí, funcionaba.
2. Otro sustento para el Silabario, fue visual: el dibujo de cada letra, a partir de la sencillez de las vocales e inmediatamente estaban consonantes.
3. El enlace primario de vocales y consonantes, mostró la existencia de las sílabas y, de éstas, las palabras; y de las palabras, las frases y oraciones.
4. La simplificación facilitaba el mismo uso de la memoria, ayudada por una intuición en ejercicio y el reconocimiento de voces al alcance.
5. Una dinámica se imponía, en tanto letras y sílabas primero, revelaban de un momento sus sonidos, los que mostrados uno a uno, los educandos, preferentemente niños y niñas asistentes a la escuela, juntos formaban, además un coro en el que esas sílabas por sí mismas a una vez se volvían dinámicas y se creaba durante la lección, tal armonía, la que por su propia cualidad sonora, quedaba con facilidad en las mentes.

Formó el padre García de San Vicente carios cuadros o tablas y en cada una de dichas piezas, en las páginas pequeñas del cuadernillo que integraba su obra en conjunto, se iba de lo menos a lo más, hasta concluir con el verdadero desfile del alfabeto, de tal manera que a poco, el educando descubría como sabía leer, desentrañando los caracteres de las letras solas integrando palabras y la lectura en lo general. Escribir, también, al copiar las letras dibujadas, al hacer ejercicios, ya en las antiguas pizarras negras hechas de barro y tan usadas, entonces, como en el papel de escribir.

Las paginitas del cuaderno Silabario, podían convertirse en carteles fijados en un muro del salón de clases; y para ejercicios personales de cada quien de los pupilos en su pizarra o cuadernos u hojas de papel.

La tabla primera, era así, encerrada cada letra en un cuadrito, dentro de un tablero que contenía cinco hileras verticales y cinco horizontales y se debían recitar una a una, las vocales, con lo que principiaban las lecciones, así:

Tabla número uno:

a	e	i	o	u
e	i	o	u	a
i	o	u	a	e
o	u	a	e	i
u	a	e	i	o

También se enseñaban los caracteres, de cada una de estas letras, si eran manuscritas, cómo se debían escribir en mayúsculas y en minúsculas; y luego, se enseñaban las letras todas «de molde», esto es: como se veían en los libros o en los periódicos impresos.

En el siguiente cuadro o tabla, ya venían primeras letras consonantes y primeros enlaces con vocales para constituir sílabas:



Luis Rublío

Esta era una segunda tabla:

b f	m	p v
bafa	ma	pa va
befe	me	pe ve
bi fi	mi	pi vi
bofo	mo	po vo
bufu	mu	pu vu

Así se contemplaba todo el abecedario y sus posibles relaciones con las vocales. Ya en los tableros —al parecer fueron treinta y ocho—, podían advertirse palabras, a la simple vista o comprensión, mediante la ayuda del profesor o instructor. Por ejemplo según la tabla anterior vemos estas: *fè*, con su connotación religiosa; o la palabra *ve*, de ver. Con el uso de la consonante *m*, más vocales, podían construirse frases; este es un ejemplo también:

mi mama me mima, o mi papa me ama.

Catorce paginitas contenían todas las tablas; se agregaba el catecismo, lo posible, del famoso padre Ripalda y algún otro poema, del propio padre García de San Vicente.

Por muchos años, que fueron del siglo XIX al XX, el *Silabario* fue reproducido, incluso sin el crédito al creador del sistema; los cuadernitos se vendían a tan bajo costo: un centavo, un real; veinte centavos, según el poder adquisitivo de la moneda.

Poseo en mi biblioteca ejemplares de diversas épocas; en todas aparece en portadilla, el grabado que representa al arcángel San Miguel. Salvador Novo reproduce uno de esos ejemplares en su delicioso libro *Un año, hace ciento. La Ciudad de México en 1873*, aparecido en 1973. Y ahí, al pie de esa imagen, siempre estos versos; ¿serán del padre Nicolás?¹⁸

¹⁸ Salvador Novo, *Un año, hace ciento. La Ciudad de México en 1873*, México, Editorial Porrúa, 1973, XVI + 178 + [94] + láminas e illus.; ver pp. 80-81.



Humanitas Historia

El ángel con la espada desenvainada, en la mano derecha, con la izquierda da latigazos al diablo convertido en serpiente, al que además pisa con su pie derecho. Y se lee:

La soberbia desechad
niños en toda ocasión,
que al humilde Dios le ayuda
y le da su bendición.

El grabado cambia por otro semejante, los versos no, son los mismos en las más variadas impresiones.

Fidel –don Guillermo Prieto–, en *Memorias de mis tiempos*, al describir la escuela a la que asistía, era aun, claro está, aquella vieja escuela en la que había calabozos de castigo y la palmeta para pegarles a los niños, por traviesos o por no aprender las lecciones; no se refiere al canturreo en el aprendizaje de lectura; sí, en cambio para la memorización de las tablas «de cuentas»; no obstante menciona al teórico gramático, don Torcuato Torio de la Riva, el de las «reglas» de caligrafía y de su manual de Ortografía, ambas obras comentadas en sus manuales propios, don Nicolás García de San Vicente.¹⁹

Por su parte don Antonio García Cubas, en su hermoso **Libro de mis recuerdos**, se refiere a uno de los tipos sociales de su época: el *Mercero* o *baratillero*, que también conocimos; un vendedor ambulante que ofrecía en el muestrario que cargaba: agujas, alfileres, dedales, tijeras, carretes de hilo, horquillas, moños y junto: «*Lavalles y Catecismos* de Ripalda de ediciones económicas».²⁰ No

¹⁹ Guillermo Prieto, *Memoria de mis tiempos*, (1ª. ed. 1906), nueva ed., México, Editorial Patria, 1958, 557 p. más láminas; ver p. 19. (Colección México en el siglo XIX).

²⁰ Antonio García Cubas, *El libro de mis Recuerdos*, (1ª. ed. 1904), nueva ed., México, Editorial Patria, 1960, 828 p., ilus.; ver p. 288-289. (Col. México, en el siglo XIX).



Luis Rublío

cita los Silabarios de San Miguel, cuando yo en los años 1960, compré a ese «tipo», el *baratillero* ejemplares del dicho *Silabario* y los conservo, en gracia del Padre García de San Vicente.

La ortografía española, en pronunciación mexicana

Aquí tenemos al maestro gramático, en su afán de construir un manual por el que se enseñe, ya más allá de leer y escribir; comprender el arte del lenguaje castellano, creó un camino por el que se valió, a su vez, del arte poético: la versificación a modo del *romance castellano*, fundamentalmente, dijéramos el mejor camino en nuestra lengua, las constantes rimas octosilábicas y uso de consonantes como el medio musical más a tono; y consiguió su método doblemente artístico y al mismo tiempo muy didáctico, mucho para su siglo. De alguna forma siguió al gramático Antonio de Nebrija, para un México, el que requería de un renacimiento, tras un medievo, los siglos coloniales.

La Real Academia Española, sistemáticamente y desde 1780, integró una gramática, dijérase oficial, y como un instrumento indispensable, el *Diccionario de la Lengua Española*.²¹ Pero a una vez otros gramáticos hicieron proezas para estudiar ciencia tan esencial –ciencia como un todo, el saber de las palabras y sus usos, pero arte que guía; estos conceptos no deben olvidarse–.

De esta suerte Nicolás García de San Vicente, con celo de profesor para guiar discípulos, se transformó en un gramático, pero con verdaderos tonos de armonía, con el fin de fijar en la mente de los alumnos lo conveniente, sin aburrirlos.

²¹ Cfr. el Diccionario de la Lengua Española, 22ª. ed. en 10 vols., Real Academia Española, 2001-2002. En el t. I, preámbulo, refiérese, como en cada caso de las ediciones antecedentes en sus prólogos, a las labores lexicográficas, gramaticales y de etimologías, responsabilidad de la Academia, ahora compartida con las correspondientes en las naciones hispanoparlantes, en estas materias; Nicolás García de San Vicente se apegó, según lo dice, en los dictados de la Academia en su tiempo.

Como quien canta, enseñó la estructura de la ortografía y dando por hecho que el oído de los niños y de los jóvenes mexicanos, comprendían tal musicalidad; y, como quienes cantan, así se escucharían animadas, las voces en los salones de clase.

Formó en su libro, capítulos y, dentro de éstos, dispuso la aclaración oportuna de las diferentes reglas por aprender: definió conceptos, mostró el alfabeto, el sonido de cada letra, sus valores; toda clase de signos, incluida la puntuación, más ejemplos convenientes. Fijó él mismo una fecha: el año 1808 indicativo para antecedentes y modernidad; explica, entonces, voces y signos para su siglo ya en desuso, «anticuadas», dice, pero con un valor también actual: arcaísmos vigorosos en el lenguaje hispano. Esto es, su libro, *Ortografía española acomodada a la pronunciación mejicana*, ya citada, con este añadido en el título: **Dispuesta en verso e ilustrada con muchas reglas nuevas**, resulta en sí un punto de partida también, por lo menos para el aprendizaje del español como materia.

Un brevísimo prólogo indica su apego a la academia y cómo compuso los capítulos y dentro de estos, las reglas; es muy interesante cómo este maestro considera, ya en su tiempo, los *mexicanismos* en vocablos o en frases; nos dice: «Así es que en la primera parte sin omitir las reglas de la Ortografía antigua, necesarias para leer los libros impresos antes de 1808, he colocado, al tratar del uso de la *ce*, *ese*, *zeta*, *elle é* y consonante, algunas nuevas muy útiles para nosotros los mejicanos (sic), que pronunciando mal estas letras, no podemos usar bien de ellas, ateniéndonos puramente a la pronunciación».²² Y, según lo promete, desde la *Introducción*, comienza sus lecciones cánticos:

REGLA I.- Definición de la Ortografía. ORTOGRAFÍA llamamos

²² N. García de San Vicente, *Ortografía española* cit. pp.3-4.



Luis Rublió

en su común acepción
el conjunto o colección
de reglas, a que ajustamos
el uso propio y correcto
de los signos de escritura,
a fin de que su lectura
haga sentido perfecto.

REGLA II.- División de la Ortografía.

Tres partes debe contar,
de las cuales la primera
enseña de que manera
de las letras se ha de usar,
explica la acentuación
de las voces la siguiente,
la tercera finalmente
trata de la puntuación.²³

Si considera, por precisión, aclarar determinados problemas, usa asteriscos, los cuales remiten a notas muy breves al pie de página, de modo que ni el profesor que use el manual para guiar a los alumnos, ni éstos que leen los versos, queden sin las satisfacciones naturales para cada caso.

Método así, no dejaría de sorprender ni a la escuela de la época y sus profesores, pero tampoco a los padres, tutores, instructores e institutrices, quienes hubiesen requerido material didáctico aprovechable. Es más, el método de García de San Vicente lo aplicó para la enseñanza del lenguaje y su gramática; pero el mismo se usó en la enseñanza de la historia, por ejemplo; y aquí debo hacer refe-

²³ *Ibidem*, pp. 5-6.

rencia de dos obras mexicanas, las cuales cuentan en la bibliografía nacional: de don Francisco Ruiz de León, *La Hernandía*, de 1775, el «poema heroico», la célebre versión métrica de la historia de la conquista de México, según Antonio de Solís; esto es: una historia e historiografía en versos;²⁴ y, luego, ya avanzado el siglo XIX, de otro educador nuestro, el Dr. José María Rodríguez y Cos, *El Anáhuac. Ensayo épico. En trece cantos en romance heroico*, de 1853. Esto es: una historia del México antiguo, de México-Tenochtitlán, también en verso, dedicada a la enseñanza de la historia.²⁵ Debemos aceptar cómo estos casos de poesía didáctica, obedecen a un natural, cada caso en su época.

Ahora, volviendo a nuestro asunto, veamos como en la «Regla tercera, del mismo primer capítulo de la Ortografía del padre Nicolás, da cuenta a los estudiantes,

Del Alfabeto español.

Veintisiete solamente
son las letras que en el día
usa nuestra ortografía
como suyas propiamente.

La siguiente lista nota
su orden y nombre: *a, be,*
ce, che, de, e, efe, ge,

²⁴ Ver: Francisco Ruiz de León, *Hernandía. Triunfos de la Fe y Gloria de las armas españolas. Poema heroico. Conquista de México, cabeza del Imperio Septentrional de la Nueva España. Proezas de Hernán Cortés*, etc., Madrid, en la Imprenta de la Vda. De Manuel Fernández, y del Supremo Consejo de la Inquisición. Año 1775, 383 p. (el ejemplar a la vista, en el Departamento Reservado de Libros antiguos, raros y manuscritos de la Biblioteca Nacional de México).

²⁵ Ver: José María Rodríguez y Cos, *El Anáhuac. Ensayo épico en trece cantos en romance heroico*, México, en la Imprenta de M. Murguía y Compañía, Portal del Aguila de Oro, 1853, XIV-492 p. (ej. «EX/LIBRIS DE RUBLÚO»).

Luis Rublío

ache, i vocal y *jota*,
ele, elle, y adelante
eme, ene, eñe, o, pe,
cu con *erre, ese, te*,
u vocal, *v* consonante,
equis y enseguida *va*
y consonante, la cual
hace a veces de vocal,
y al fin *zedda* o *zeta* está.²⁶

La versificación en el texto es generalizada; de modo que, también las explicaciones que pudieran considerarse «técnicas»; pero lo más natural es considerar cómo el instructor que hubiese manejado el manual, explicaría a su vez, casos que creyera indispensable.

Según el propósito del presente ensayo, además de la obra justamente pedagógica, por extensión resulta igual de interesante, al detenernos cuando la ocasión se da y observar asimismo su pensamiento más allá, en general. Vimos cómo García de San Vicente fue un teólogo, un filósofo y además un estudioso de las ciencias jurídicas; consecuentemente en un libro, según el de *Ortografía*, el que aquí seguimos, de repente como atisbos nos da a entender los alcances de su espíritu como hombre de su tiempo y no ajeno a su entorno. El, normalmente en su obra ingeniosa, sigue su plan, pero sorprende con sus conceptos los que manifiesta a guisa de ejemplos. Y aquí uno, cuando en el capítulo cuarto y al explicar el uso de la coma, dice:

(De la Tercera parte de la obra).

Regla I.- Siempre que hay en la oración
varias partes semejantes,

²⁶ N. García de San Vicente, *Ortografía* cit., p. 8.

llevan entre sí constantes
de *coma* la puntuación,
con tal que sencillas sean,
no compuestas o formadas
de otras partes, que cortadas
ya con la coma se vean.
Mas ninguna puntuación
la penúltima requiere,
si entre ella y la última hubiere
escrita una conjunción.

Y para ilustrar esta «Regla», el padre Nicolás lo hace con uno de esos ejemplos; y precisamente así lo declara, igual tantas veces en su libro. Veamos ahora en esta ocasión:

Ejemplo, (del uso de la coma)

¡Oh Dios de amor! Todos tus hijos somos:
el tártaro, el Japón, el indio rudo,
el tostado africano
*es un hombre, es tu imagen y es mi hermano.*²⁷

Sí que ilustra el uso de la coma, cuyo signo el maestro enseña en el pizarrón; pero tras explicar el asunto en doce versos, da un ejemplo de frase cortada por las *comas*, de acuerdo con la necesidad para cada circunstancia; pero en dicho ejemplo, una oración o plegaria, afirma un ideal doctrinario, sí, según la fe cristiana, empero al mostrarlo habla de la igualdad entre los hombres; y tanto como al referirse a individuos diversos por raza, afirma que todos son hombres en imagen semejantes entre sí, y además, todos son hermanos; y afirma a su vez de todos en uno: «es mi hermano».

²⁷ *Ibidem*, pp. 76-77.



Luis Rublío

Además de tal determinado lance derivado de la ortografía como lección, ¿no reparamos en el ideal humanista, antropológico, social, y desde luego, cristiano? Esta circunstancia, a un tiempo retrata al maestro Nicolás García de San Vicente.

También enriqueció su texto con cuentecillos y fábulas, en la línea que estableció de «ejemplos», según lo notamos al referirse el autor al uso de la coma. La fábula ha sido para los maestros pedagogos, un instrumento tan importante de enseñanza, por su facultad literaria, artística, penetrante de suyo, lo que facilita el aprendizaje a partir de la infancia misma, pero además para todos los casos, entre la gente y aun de cualquier idioma.

De estos breves cuentecillos o fábulas, encontramos varios en la obra que aquí reseño. Sólo me referiré a uno sólo: nos presenta igual, al autor, al maestro, al personaje, como queremos conocerlo según su labor.

Creo oportuno referir a propósito de estas lecciones de Ortografía, la nota, a su vez versificada, que le mereció un signo importante en la redacción de diálogos, los que dan vigor a los textos narrativos: novelas, cuentos, fábulas, crónicas, teatro, las entrevistas y aun en páginas de rigor historiográfico; y escribe el padre Nicolás:

«De la pequeña raya que se usa en los diálogos» (-).

A veces para evitar
repetir el *contestó*,
el dijo, y *el replicó*,
es muy útil separar
aquellas réplicas que haya
de no muy grande extensión
en una conversación,
con una pequeña raya.

Ejemplo

Desde su charco una parlera rana
oyó cacarear a una gallina:
-Vaya, le dijo, no creyera, hermana,
que fueras tan incómoda vecina.
Y con toda esa bulla ¿qué hay de nuevo?
-Nada, sino anunciar que pongo un huevo.
-¿Un huevo solo? ¡y alborota tanto!
-Un huevo solo, sí, señora mía.²⁸

Y tras su lección, ejemplifica con una fábula el uso del guión, o «rayita», la que da a entender al lector, cómo en una relato, hay personajes ciertos o ficticios, quienes dialogan, charlan y animan el texto. Aquí platican una rana y una gallina acerca de una señal natural de las gallinas, en la que hay gestos humanos semejantes, como resultar de la observación algunos refranes populares: «Hablar del huevo y quien lo puso», dicese, también un ejemplo, de un chisme que trasciende y la fuente de donde se supo; o este otro: «Hacer cualquier cosa y cacarearla»; esto es: quien desea hacer algo y luego encargarse de publicitarlo con bullicio; es naturalmente el sentido de la fabulita de la rana y la gallina, que sirvió al padre Nicolás para enseñar la misión ortográfica de una mínima «rayita» (-).

Nicolás García de San Vicente pervive como uno de los primeros educadores de la República; justo es reconocerlo así.

²⁸ *Ibidem*, pp. 93-94.